

LITERATURA Y PERIODISMO

JULIO CAMBA

CRÓNICAS EN LA ANTESALA DEL MITO

La editorial Renacimiento reúne por primera vez en un volumen las crónicas parlamentarias del periodista y viajero gallego publicadas entre 1907 y 1909, cuando empezó a hacerse sitio en el periodismo

ANTONIO LUCAS MADRID

Cuando Julio Camba aterrizó en Madrid, con 19 años, era más o menos 1905. Venía expulsado de Argentina, por *anarca*. Había escapado de la casa de los padres (Villanueva de Arosa, Pontevedra) a los 13 años de polizón en un mercante con destino a Buenos Aires. Cuando regresó, estaba dispuesto a dinamitar Madrid con un fajo de párrafos. Para este propósito fundó un periódico de ánimo *guerrillero*, *El Rebelde*, junto a su amigo Antonio Apolo. Hasta aquí la existencia de Camba no deslucía la de aquellos muchachos con apetito de nombre propio que huroneaban por las redacciones de los diarios madrileños.

En esos días vivieron la *fortuna* de una España que estaba fibrilando, con el fin de la Restauración y la llegada al Gobierno de Antonio Maura. La moda política eran las crisis ministeriales continuas y la desunión parlamentaria. Y Julio Camba ahí, seguro de poder cazar instantes precisos y definitivos con unas crónicas enfadadas en las que no disimulaba su desafecto por casi todo, por casi todos. Con esa estela de joven feroz se fue haciendo sitio. Antes de lo previsto, sus artículos *pajariteaban* por los salones y cafetines de la ciudad, llamando la atención.

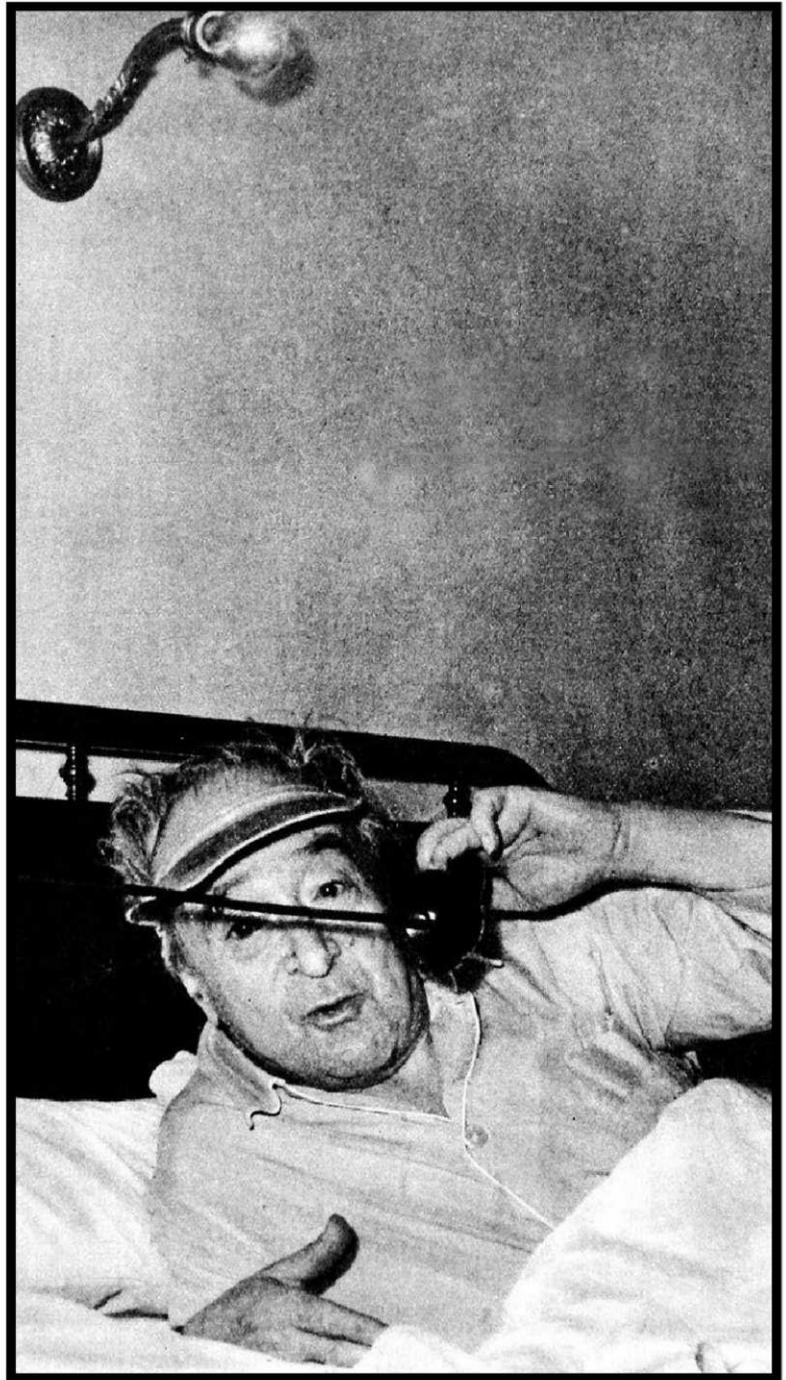
De aquel articulista aún en crudo no queda mucho rastro. El Camba que habita entre nosotros es, sobre todo, el fuerte, firme, viajero, sulfuroso y mordaz de la madurez. Pero el estadio de alevín es principal para entender lo que hizo escribiendo, para entenderlo todo. Este gallego agro que se abría hueco a codazos encontró en los periódicos su nicho exacto. El del folio *pasao*, donde dejaba una ironía desencantada y un escepticismo sin fisuras que lo alejaba de la ingenuidad.

En las páginas de la *España Nueva*, cazado a lazo por el director Cristóbal de Castro, inauguró en 1907 una serie de crónicas parlamentarias que estaban hoy, mayormente, amarilleadas en archivos y hemerotecas. Unas piezas excelentes y cargadas de desafío y templanza, de humor y paradoja, de distancia y coña. Tituló la serie *Diario de un escéptico* y pronto se convirtieron en el alpiste más buscado de la prensa. Una prosa sutilísima y eficaz donde Camba exhibe la deliciosa sensación de un hombre desubicado, que todo lo observa como por primera vez: los debates parlamentarios, las sesiones de actas, los *galleos*, las intrigas, las traiciones, la nada y el todo.

La editorial Renacimiento reúne por primera vez este material al completo en su colección *Los cuatro vientos*, junto a otros artículos dispersos de la misma época. David Gistau traza un prólogo certero y al cargo de la edición y el estudio introductorio está José Miguel González Soriano.

El de Julio Camba era un periodismo de estepario ajeno a ese otro de coba que masajea al político, al poderoso, al empresario. Huía del palique y del cambalache artero. «Poesía un caudal copioso de desilusiones y muchas esperanzas muertas», apunta González Soriano. «Pero le quedaba aún el resabio de sus primeros fervores revolucionarios». Eso lo distinguía de algunos coetáneos que también clavaban la crónica parlamentaria, como Azorín. O que acertaban en la interpretación de los hechos de su tiempo, como Benito Pérez Galdós. O que entendían el mundo por sus detalles pequeños, como Luis Bello. Algo después le tomaría el testigo Wenceslao Fernández Flórez.

A pesar de su aparente indolen-



Julio Camba en su habitación del Hotel Palace de Madrid, en los años 50.

cia, Camba lanzaba en cada artículo un arponazo no por ánimo de revancha, sino con el afán de distinguirse por el lado del «no». Porque el «sí» suma, pero el «no» multiplica. La diana de sus ataques es el presidente Antonio Maura. «Representaba para él», sostiene el autor de esta edición, «la cabeza visible

de un régimen parlamentario y de un modelo de Estado ya caducos. La retórica huera, el poder arbitrario, la moral católica represiva, la manipulación electoral». Y de ahí lo que escribe en una de sus dinámicas crónicas: «Tenéis tres medios, señor, para desembarazaros de nosotros. Uno consiste en prendernos; el otro en expulsarnos; el otro en matarnos [...] Pero quedaremos los sinceros, los conscientes, los fuertes».

Estas crónicas aparecieron por primera vez el 13 de mayo de 1907. Camba decidió comprometerse tan sólo con los placeres de una inteligencia sarcástica. Y llevó a lo alto la crónica parlamentaria desde una cierta tristeza sin voluntad que terminaba prendiendo en risa. «Yo soy un escéptico de carácter alegre que no cree gran cosa en la utilidad de las contiendas parlamentarias, pero que está dispuesto a admirar todo el ingenio, toda la gracia y toda la habili-

dad que en ellas se ponga», escribió.

Aunque no le dieron muchas opciones para encontrar esa «gracia». Quizá el momento de mayor entusiasmo de su aventura como cronista parlamentario (poco menos de dos años) llegó con el discurso del presidente de la I República, Nicolás Salmerón, el 19 de junio de

A su manera, puso en pie una forma de escribir el periodismo. De manifestarse distinto. De enfocar con óptica propia sacando astillas de cualquier palo. Estos textos no delatan al joven, sino que anuncian su talento esquinado. «Un cronista parlamentario», escribió, «debe ser absolutamente impenetrable e impecable, y esta suprema ciencia de nadie la puede aprender más que de los maceros. Los maceros son estoicos; están plenamente convencidos de la banalidad de la cosa pública y no pierden nunca la dignidad de su continente por muy desatadas que anden las pasiones en el hemiciclo». Porque hay sesiones que se explican mejor desde el detalle de quien observa ajeno a todo. Un macero, una taquígrafa, un ex diputado en su tribuna de ex diputado. Por ahí luce Julio Camba. Y desde ese lugar de nadie explica el alma de los sitios.

Un día se aburrí de hacer Congreso, dejó la *España Nueva* y se instaló en el *Heraldo de Madrid*. También por poco tiempo. Pronto lo fichó *El Mundo* de Santiago Mataix, que lo impulsó al triunfo con la sección *Palabras de un mundano*. Entonces fue enviado a Turquía porque sí y comenzó a hilvanar su leyenda de cosmopolita. Cuenta el siglo XX con cierto hedonismo asqueado. Años después, cuando las guerras, lo hará tomando París, Londres o Nueva York como trincheras. Ese también es su exotismo, su extrañeza y su lección: no contar las cosas como lo que parecen, sino como la paradoja de lo que parecen que son.

EN ESTOS TEXTOS SE ALEJA DEL IDEARIO ANARQUISTA PARA AVANZAR POR UNA IRONÍA QUE PRONTO LE DIO PRESTIGIO

SUS REFERENTES ERAN Galdós y Azorín, mientras el centro de sus dardos era el presidente Maura

«SOY UN ESCÉPTICO DE CARÁCTER ALEGRE QUE NO CREE GRAN COSA EN LA UTILIDAD DE LAS CONTIENDAS PARLAMENTARIAS»

1907. «Tengo derecho a admirar sus palabras por su valentía y por su franqueza: dos cosas que se dan raramente en ese lugar de mentiras y convencionalismos llamado Congreso». O sea, lo de siempre.



DESAVENENCIAS

JAVIER VILLÁN

Devastador y actoral

En Pavón Kamikaze cayó *Ensayo*, de un Pascal Rambert, el polivalente: autor, director, escenógrafo. El reparto es soberano: Fernanda Orazi, María Morales, Jesús Noguero e Israel Elejalde. Incluso sabiéndolo autor de aquel gélido incendio escénico llamado *La clausura del amor* (con Elejalde y Bárbara Lennie) yo nunca me hubiera arriesgado a escenificar este texto áspero y bello: cuatro monólogos y mucha literatura. A menudo, filosofía y literatura son antiteatro. *Ensayo* es un texto canibal, una constante *devoración*, más apta para ser leída. La palabra es el elemento esencial de Rambert, pero el teatro tiene sus propios códigos. En *Ensayo* hay ecos del *Cuarteto de Alejandría*, pero no asimilación automática de personajes.

Una actriz celosa con impulsos reactivos de directora. Y otra actriz que nutre su pasión universal de una sexualidad promiscua. El teatro es arte sensorial y la brutalidad de María Morales es eminentemente teatral. El papel de Fernanda está dominado por esa *estructura* que no acabamos de percibir ni como esquema ni como utopía. Orazi aparece crispada en el histórico monólogo inicial. Después, vive rica de silencios y miradas. Tendencia del autor a *carnealizar* a la mujer y a intelectualizar la figura del hom-

bre: mujer subordinada a la superioridad creadora del macho.

Texto literario que los intérpretes convierten en teatro lleno de luz por encima de un mundo sombrío. La luminosidad del espacio no amortigua la negrura, los brotes de amistad herida, amor en suma, de Isra y Jesús. Cuatro intérpretes, cuatro formas de encarar un texto con la característica común, y esencial, de saber escuchar y reflejar en su gesto la palabra de los demás: dramaturgia de los silencios. La hondura de un actor/actriz se manifiesta cuando, callados, expresan la circunstancia que viven los demás. Jesús, expresividad reflexiva. Elejalde, silencio *multiexpresivo*, poliédrico; Fernanda, dolor oculto; María, libérrima e incandescente.

Visión vitriólica, demoleadora, del mundo apenas redimida por las ideas de arte, de creación. *Ensayo*



Jesús Noguero y María Morales en 'Ensayo'. KAMIKAZE

no se salva, sin embargo, del recurso tópico a la decadencia de la edad y la exaltación de la juventud disolvente. La ovación del público fue intensa, a medida que se iba poniendo ceremonialmente de pie. Cuatro intérpretes habían canibalizado un texto literario y terrible. Lo habían salvado.



Arturo FERNÁNDEZ

Carmen del VALLE

TEATRO AMAYA
Dirección Alberto & David Blasco - Pº General Martínez Campos, 9 - Madrid - Metro IGLESIA

ALTA SEDUCCIÓN

de **MARÍA MANUELA REINA**
 dirección **ARTURO FERNÁNDEZ**

LA COMEDIA MÁS ELEGANTE Y DIVERTIDA DE LA TEMPORADA

Funciones: Miércoles y Jueves 19 h. / Viernes 21 h. / Sábado 19 h. / Domingo 18 h.

Entradas en www.teatroamaya.com, Taquilla, y Centros

Precios especiales para grupos. Más información y venta telefónica: 91 435 68 35 - 91 593 40 05